

# Mariposas negras

Daniel Martín Castellano



**L**uce iba con frecuencia a la pequeña biblioteca del pueblo en el que vivía. Los esfuerzos de unos vecinos lograron convertir un antiguo establo en la sede del único lugar donde los libros podían descansar tranquilos. Las estanterías se llenaron de ejemplares que también trajo la gente desinteresadamente.

Con el tiempo llegó Koldo y ya se encargó de ella y de nosotros, no solo se dedicaba al préstamo de libros y a mantenerlos ordenados, sino que organizaba diferentes actividades. Koldo era muy buena persona, dicharachero y risueño. También era amigo de Luce que solía ir a la biblioteca los miércoles y los sábados por la mañana. Así tenía lectura para todos los días.

Un día, Koldo merodeaba por el mostrador y Luce buscaba un libro de cuentos rusos. Se acercaba el invierno y deseaba ponerse en situación, cuando vio una mariposa muerta cerca de la pata de la estantería. La recogió con sumo cuidado entre sus manos y se la llevó al bibliotecario.

—Es una pena —nunca había visto a Koldo con ese semblante tan triste.

La dejaron en el parterre, al lado de las flores de mundo, que por esa época ya estaban mustias.

—¿De dónde habrá salido? ¿Por qué vino a morir a la biblioteca?

—No lo sé, Luce. Tendremos que estar atentos.

Al día siguiente, la chinija explicó en clase lo que se había encontrado en la estantería 821. A todos les pareció tan extraño que sus compañeros lo contaron en casa y al día siguiente trajeron diferentes teorías; aunque coincidían en una cosa: las mariposas negras eran presagio de malos días.

Pasaron las semanas y ella estaba por la estantería 94, buscando un libro sobre la historia de Europa, porque tenía que hacer un trabajo, cuando al sacar el libro de su lugar una mariposa negra cayó a sus pies. Esta vez el revuelo fue mayor. Y los viejos aseguraron que, sin duda, llegaban malos momentos para el pueblo.

Alguien insinuó, además, que los libros siempre habían traído problemas y que quizás la biblioteca debía cerrarse por un tiempo. Algunos nos negamos y establecimos turno para que nunca Koldo y los libros estuviesen solos.

Aunque éramos unos pocos lo logramos. Mucha gente prefería dar un rodeo para no pasar por delante de la biblioteca.

Koldo había dejado la conversación animada y su sonrisa desapareció. Se quedaba detrás del mostrador y solo lo abandonaba para colocar los libros que yo seguía llevándome en préstamo.

De vez en cuando, aparecía alguna mariposa negra. A veces en la estantería 6, otras en la 32. Ellos no decían nada y la dejaban en el parterre, entre los tallos y las hojas anaranjadas que anunciaban el inminente otoño.

Ocurrió una mañana de sábado. Luce estaba leyendo una adaptación de la Odisea, cuando por una de las ventanas alguien tiró un madero ardiendo hacia el interior de la biblioteca. Cayó en la estantería número 2. Los pocos libros que descansaban en esa sección ardieron rápidamente. Koldo fue muy ágil y en segundos estaba descargando toda la espuma del extintor encima del mueble librería. Ardieron unos pocos ejemplares.

—Esto se acabó, mañana mismo pido un traslado y solicitaré el cierre de la biblioteca.

Luce ayudó a limpiar. Los dos permanecieron en silencio. El olor a papel quemado había impregnado todo. Ya el perfume de las hojas de los libros o el aroma de resina de la madera de roble de los techos del edificio se había evaporado.

De repente, alguien los llamó a gritos. Por las calles yacían esparcidas mariposas negras. Una a una los niños y las niñas empezaron a recogerlas y a dejarlas junto a las flores que crecían por el pueblo.

Y se dieron cuenta de que las mariposas negras no eran un presagio de mala suerte, sino todo lo contrario. Estas son el alma

de los libros y cuando uno arde, ellas mueren y algo de nosotros también. En los libros se cuenta nuestra propia historia, aunque los personajes no se llamen como tú, ni vivan en tu pueblo. Cada libro lleva un poco de cada uno de nosotros. Esa es la magia de la lectura. Y las bibliotecas son las guardianas de esos tesoros que encierran los libros, y dentro, por muy pequeño que sea, vive una mariposa. Por eso es importante que, de vez en cuando, abramos los libros que duermen en las estanterías de las bibliotecas, para que las mariposas puedan estirar sus alas.

Además, descubrieron que en los bordes de las alas tenían unos lunares luminiscentes, verdes, púrpuras y rosados, que brillaban en la noche. Así que los colores de las mariposas son como los libros que leemos, depende de la mirada que utilicemos para verlas de un color o de otro.



El relato se podrá distribuir sin fines comerciales  
y citando los datos de la edición.